

<https://info.nodo50.org/Cuando-los-trabajadores-holandeses-se-opusieron-al-genocidio-nazi.html>



Cuando los trabajadores holandeses se opusieron al genocidio nazi

- Noticias - Noticias Destacadas -



Publication date: Domingo 5 de mayo de 2024

Copyright © Nodo50 - Todos derechos reservados

El 25 de febrero de 1941 los trabajadores holandeses se declararon en huelga en solidaridad con los judíos perseguidos por los nazis. El recientemente fallecido Maurice Ferares, uno de los organizadores de esta huelga, tuvo una vida de activismo que lo vincula con algunas de las grandes luchas políticas del siglo pasado.

[https://info.nodo50.org/local/cache-vignettes/L397xH278/captura_de_pantalla_2024-05-04_a_las_12.46_10-10761.png] **Entrada de las tropas alemanas en Ámsterdam en 1940. (ullstein bild via Getty Images)**

El socialista judío holandés Maurice Ferares, que llegó a cumplir 100 años en enero de 2022 y luego falleció en diciembre de ese mismo año, fue uno de los últimos supervivientes de la famosa huelga de Ámsterdam en febrero de 1941, contra la persecución nazi a los judíos. La historia de su vida nos conecta con todo un mundo de lucha política en el movimiento obrero europeo del siglo pasado, desde la lucha contra el nazismo hasta la solidaridad con las revoluciones anticoloniales del Sur Global.

Ferares nació en el seno de una familia judía pobre en el periodo de entreguerras. Su padre era zapatero y su taller ocupaba parte de la pequeña casa familiar. Ferares compartió habitación con sus padres hasta los dieciocho años. Querían que el joven se convirtiera en músico profesional, con la esperanza de que le ofreciera una vía de escape de la pobreza. Cuando sus amigos jugaban al fútbol o veían películas, Ferares tenía que practicar con el violín.

Su padre también le obligó a asistir a una escuela religiosa judía, lo que le permitía relacionarse con los miembros más ricos de la comunidad judía. Su padre esperaba que esto le permitiera continuar sus estudios, y Ferares acabó recibiendo una beca de una asociación judía.

A los dieciséis años se presentó al examen del conservatorio y a partir de ese momento sus padres pensaron en una carrera de éxito para él. Sin embargo, en mayo de 1940, la Alemania nazi invadió los Países Bajos y su vida tomó otro rumbo.

Se une a la resistencia

Ferares había crecido entre socialistas y comunistas y había oído hablar del nazismo a refugiados alemanes. «Tras el exilio de Trotsky y los juicios de Moscú, mi padre no sentía ninguna simpatía por el movimiento de Stalin», recuerda. Aun así, cada semana su padre donaba unos céntimos al «Tío Guus», un comunista alemán que hacía sus rondas para recaudar dinero para el Socorro Rojo Internacional, una organización que ayudaba a las víctimas de la persecución política. Un día, el tío Guus dejó de venir: la policía holandesa lo había deportado a la Alemania nazi.

Pocos meses después del comienzo de la ocupación, Ferares recibió el encargo de dar clases de violín a un amigo de un amigo de la escuela de música, el artista Cor Winkel, que pintaría su retrato como parte de pago. Winkel era miembro del clandestino Partido Comunista de los Países Bajos (PCN), que había empezado a publicar panfletos ilegales y a agitar entre los trabajadores holandeses.

En las primeras fases de la guerra, con el pacto Hitler-Stalin todavía en vigor, la dirección del PCN insistía en que la guerra era entre dos bandos imperialistas y que la clase obrera debía permanecer «estrictamente neutral». Sin embargo, la experiencia de la ocupación hizo que la oposición a los nazis se convirtiera en la práctica en la cuestión central para muchos comunistas.

Después de haber demostrado su fiabilidad realizando algunos pequeños trabajos para el partido, el PCN invitó a Ferares a afiliarse. No necesitó mucho convencimiento. Los nazis ya habían introducido las primeras medidas antisemitas, como la prohibición de participar en todos los actos públicos para los judíos. Entre los miembros de su célula del partido estaban Cor Winkel, así como el amigo que le había presentado a Winkel, un peluquero, y una joven enfermera llamada Tinie.

A diferencia de los demás, Tinie no sobrevivió a la guerra. Ferares no sabía mucho de ella, ni sus razones para unirse al partido, ni siquiera si Tinie era su verdadero nombre: «No hizo esas preguntas a sus camaradas de la clandestinidad». Una tarde, Tinie fue sorprendida pegando carteles del PCN con otro camarada llamado Joop. Dos policías detuvieron a Joop, pero en un principio dejaron marchar a Tinie.

Decidió que no podía abandonar a su camarada y arrojó la lata llena de pegamento a los policías. Estos se sobresaltaron, quizá pensando que Tinie había lanzado una granada, y Joop pudo escapar. Por desgracia, Tinie tropezó mientras huía y fue capturada. Como recuerda Ferares: «Rápidamente supimos dónde estaba encarcelada y que la maltrataban terriblemente. Nunca dijo nada sobre nuestras actividades y no reveló nuestros nombres ni nuestras identidades». Los nazis la ejecutaron en prisión.

Los ocupantes habían puesto a Holanda bajo el control directo de un gobernador, en lugar de gobernar a través de un régimen colaboracionista como la Francia de Vichy. La combinación de un gobierno directo, una burocracia estatal eficiente y unas fuerzas de seguridad holandesas que, en su mayor parte, cumplían lealmente las órdenes de sus nuevos amos, convirtió a Holanda en un lugar extremadamente peligroso para los judíos. Sólo una cuarta parte de los judíos holandeses sobreviviría a la guerra, una proporción mucho menor que en Bélgica o Francia.

El paisaje llano, desprovisto de bosques y densamente poblado tampoco ofrecía muchas oportunidades para refugiarse o combatir en guerrillas. Sin embargo, la gente siguió participando en diversas formas de resistencia. En algún momento de la ocupación, más de trescientas mil personas se escondieron de los nazis, incluidos judíos, activistas políticos y personas que evitaban los trabajos forzados en Alemania. Estos onderduikers (escondidos) necesitaban refugio, comida, cartillas de racionamiento y otros tipos de ayuda.

Como dice Ferares:

Sobre todo al principio, las posibilidades de resistencia armada eran muy limitadas. La difusión de información a través de panfletos y revistas ilegales y el llamamiento a la resistencia pasiva y al fortalecimiento de la moral frente a la continua intimidación alemana fueron las principales formas de resistencia, además de la ayuda a los escondidos y a las familias de las víctimas.

Además de distribuir panfletos ilegales, Ferares robaba cartillas de racionamiento para que los escondidos pudieran obtener alimentos y ayudaba a falsificar documentos oficiales, convirtiéndose en sus propias palabras en «un hábil ladrón y estafador».

La huelga de Ámsterdam

Las actividades clandestinas del PCN desempeñaron un papel clave en la huelga del 25 y 26 de febrero de 1941. Los nazis holandeses se estaban volviendo cada vez más violentos bajo la protección alemana, marchando por

barrios judíos y bastiones izquierdistas. Atacaban a los judíos en las calles, los arrojaban del transporte público o entraban en sus casas y les robaban sus pertenencias. La tensión era especialmente alta en Ámsterdam, ciudad con una gran comunidad judía.

En su historia de los judíos holandeses bajo la ocupación, Ondergang, Jacques Presser identificó dos acontecimientos importantes. En primer lugar, los judíos empezaron a organizarse para defenderse en grupos de combate. En su mayoría procedían de entornos humildes, «pequeños comerciantes, vendedores ambulantes, trabajadores». En segundo lugar, recibieron el apoyo de «holandeses no judíos con un trasfondo social similar». La gente recurrió a las conexiones sociales existentes, como los miembros del club de boxeo judío Maccabi.

Estos grupos de autodefensa respondieron a los intentos de intimidación violenta con resistencia, golpeando a los nazis y, en ocasiones, arrojándolos a los canales de Ámsterdam. El 11 de febrero de 1941 se produjo un enfrentamiento especialmente violento en el que murió un nazi holandés. Las fuerzas de ocupación tomaron represalias deteniendo a decenas de ciudadanos judíos y agrediendo indiscriminadamente a personas que se creía que eran judías.

Varios grupos sugirieron que los trabajadores hicieran huelga en solidaridad con los judíos. El clandestino Marx-Lenin-Luxemburg-Front, continuación del Partido Obrero Socialista Revolucionario de Henk Sneevliet, difundió un panfleto en el que celebraba la resistencia a la violencia antisemita y llamaba a la huelga. La dirección del PCN también llegó a la conclusión de que las condiciones estaban maduras para la acción. Aproximadamente mil doscientos de los dos mil miembros clandestinos del partido vivían en Ámsterdam.

El 25 de febrero, activistas comunistas se dirigieron a una reunión de trabajadores municipales, y el ambiente combativo convenció a los miembros locales del partido de que había llegado el momento. Esa noche, el partido publicó un folleto con un titular que se convertiría en un icono: «¡Huelga! ¡Huelga! Huelga!»

Los propios comunistas se sorprendieron por la rápida respuesta a su llamamiento, ya que la protesta se extendió por toda la ciudad. Cuando la policía local intentó dispersar a la multitud, la gente respondió lanzando piedras. Ferares y sus compañeros se unieron a grupos que obligaron a parar a los tranvías y volcaron los vagones para bloquear las líneas.

Las autoridades movilizaron fuerzas alemanas para aplastar la huelga. Abrieron fuego contra la multitud y lanzaron granadas de mano, matando al menos a trece personas en la noche del 26 de febrero e hiriendo a docenas más. La represión acabó con la huelga y se reanudó la caza de comunistas y otros activistas de izquierda.

La continuación de sus estudios musicales no era una prioridad para Ferares en aquel momento y, en cualquier caso, los nazis excluyeron a todos los estudiantes judíos en los primeros meses de 1942. Ante el recrudecimiento de la persecución de los judíos, Ferares decidió que debía esconderse. Ese mismo día, el 15 de julio de 1942, se produjo la primera deportación de 1.137 judíos de los Países Bajos a las cámaras de gas de Auschwitz.

Sólo después de la liberación descubrió Ferares que durante la guerra los nazis habían asesinado a toda su familia. Cada día comprobaba las listas de aquellos cuya muerte había sido confirmada, hasta que finalmente encontró allí los nombres de sus parientes.

Restaurar el Imperio

Cuando los trabajadores holandeses se opusieron al genocidio nazi

Según sus propias palabras, Ferares fue un «estalinista hasta la médula» durante la guerra. Siguió la línea del partido, defendiendo el pacto Hitler-Stalin y la posterior disolución de la Internacional Comunista por Stalin en 1943 como astutos trucos en la guerra de clases.

Sabía que había otros radicales de izquierdas que adoptaban posturas diferentes. Un miembro del Comité Trotskista de Marxistas Revolucionarios, continuación del Frente Marx-Lenin-Luxemburg, le había proporcionado documentos falsos. Según Ferares, apreciaba la solidaridad, pero seguía viendo la represión de los trotskistas y otros disidentes en la Unión Soviética como una trágica necesidad.

Entre los miembros del PCN existía la sensación generalizada, recordó, de que podría producirse un estallido revolucionario en Europa después de la II Guerra Mundial, como había ocurrido tras el conflicto de 1914-18. Pero no dedicaron mucho tiempo a reflexionar sobre estas cuestiones:

Sólo teníamos vagas ideas de cómo debía ser el gobierno de posguerra, y tampoco sabíamos cómo podían tomar el poder los trabajadores. No nos detuvimos a pensar en ello. En primer lugar, había que derrotar a los fascistas.

Pero las publicaciones del partido parecían más interesadas en mantener una alianza con lo que llamaban la «burguesía democrática» que en propagar la revolución anticapitalista. Ferares se preocupó aún más cuando Stalin retrasó el avance del Ejército Rojo en las afueras de Varsovia en julio de 1944, permitiendo a los nazis aplastar el levantamiento de la ciudad: «¿No fue esto una traición a los campesinos y obreros polacos?».

Tras la rendición alemana en mayo de 1945, hubo una buena voluntad sin precedentes hacia el PCN debido a la valentía mostrada por muchos de sus miembros durante la ocupación. La dirección del partido esperaba que ahora pudiera desempeñar un papel más destacado en la política parlamentaria holandesa. Pero preservar el frente popular en tiempos de guerra exigía a los comunistas sacrificar puntos centrales de su programa para no repeler a sus aliados liberales.

En el caso holandés, una cuestión central era la del imperialismo. El 17 de agosto de 1945, los líderes indonesios Mohammad Hatta y Sukarno declararon una República de Indonesia independiente tras siglos de dominio colonial. Pero el gobierno holandés entró en guerra para mantener el control del archipiélago y no reconoció la independencia indonesia hasta finales de 1949.

Las tropas holandesas quemaron pueblos, torturaron y ejecutaron prisioneros, y llevaron a cabo masacres de civiles. Esta guerra colonial mató a más de cien mil indonesios, según las estimaciones más conservadoras, y muchos más murieron de hambre y enfermedades.

Los socialdemócratas del Partido Laborista Holandés (PvdA) formaron parte de la coalición gubernamental durante toda la guerra, a pesar de haberse comprometido en 1946 a no apoyar nunca la guerra colonial. El líder del PvdA, Willem Drees, fue Primer Ministro después de agosto de 1948. La dirección del partido sofocó los intentos de organizar la resistencia a la guerra entre sus miembros, y miles de ellos abandonaron el partido.

Por su parte, aunque el Partido Comunista se oponía a las operaciones militares holandesas en Indonesia, se abstuvo de reclamar la independencia, preocupándose en cambio por los «desastrosos» acontecimientos que podrían llevar a una «pérdida total de Indonesia». El partido pedía una mancomunidad entre Indonesia y Holanda en

lugar de la separación. El periódico del partido incluso publicó anuncios de reclutamiento para las fuerzas holandesas en Indonesia.

Ferares criticó este retroceso de las posiciones anticoloniales tradicionales en una reunión de activistas del partido en Ámsterdam. En respuesta, el líder del PCN, Paul De Groot, le tachó de fascista, a pesar de sus cinco años de peligroso trabajo clandestino. Esto le llevó a abandonar el partido.

Redes de solidaridad

Poco después, Ferares se unió al Partido Comunista Revolucionario (PCR), un grupo trotskista que se desarrolló a partir del Comité de Marxistas Revolucionarios. El PCR era una organización pequeña, con un par de cientos de miembros como máximo, pero fue el único partido que apoyó incondicionalmente la independencia de Indonesia.

Una encuesta realizada en julio de 1946 reveló que más del 40% de la población se oponía al envío de tropas a Indonesia. Al mes siguiente estallaron grandes protestas en Ámsterdam, y la policía respondió con violencia, matando a un manifestante. En septiembre de ese año, miles de trabajadores se unieron a una huelga espontánea contra el envío de soldados.

El PCR esperaba atraer a socialdemócratas y comunistas decepcionados, pero era demasiado pequeño para parecer una alternativa realista. Ferares se presentó sin éxito como candidato a las elecciones, pero el PCR nunca estuvo cerca de ganar ningún escaño. Tuvo más éxito como sindicalista, llegando a ser secretario del sindicato holandés de músicos en 1956.

Una de sus primeras tareas como secretario le resultó muy dolorosa. Músicos de Hollywood en huelga se pusieron en contacto con el sindicato para pedir a sus colegas holandeses que boicotearan una película que se estaba rodando en Ámsterdam: El diario de Ana Frank. En palabras de Ferares: «Ningún músico holandés participó en su realización. Pero puedes entender lo difícil que fue para mí».

A finales de los años 50, Ferrares acogió en su casa al líder trotskista griego Michel Raptis —más conocido como Michel Pablo— y a su esposa Hélène. Raptis había ayudado a organizar una red de apoyo al Frente Argelino de Liberación Nacional (FLN) cuando los principales partidos de izquierda franceses se oponían a la independencia de Argelia. La red ayudó a recaudar fondos y a distribuir en Francia la publicación clandestina del FLN.

Sus miembros también se dedicaban al contrabando de documentos, dinero y, en ocasiones, armas. Pablo organizó viajes a Marruecos de activistas de izquierdas con conocimientos en la materia, donde fabricaron armas para el FLN en fábricas secretas. Ferares dijo que algunos de sus camaradas holandeses estaban implicados, aunque describió su propia contribución a este esfuerzo como «nada más que trabajo de oficina».

Un jugador en la orquesta

Ferares se mantuvo activo en el trabajo de solidaridad durante los años siguientes, organizando el apoyo a las luchas anticoloniales en países como Angola, Mozambique y Guinea-Bissau. Fue secretario de su sindicato hasta los setenta años, y siguió dirigiendo su publicación después de dejar el cargo. En 1991 publicó unas memorias de sus años de guerra tituladas *A Violin Player in the Resistance* (Un violinista en la resistencia), y también escribió

Cuando los trabajadores holandeses se opusieron al genocidio nazi

novelas y poesía, a menudo inspiradas en los acontecimientos de su propia vida, así como otro libro de no ficción, un estudio crítico de la izquierda holandesa y la lucha por la independencia de Indonesia.

Un informe de la inteligencia holandesa de 1976 describía a Ferares como alguien que no había podido encontrar mucho apoyo para sus ideas trotskistas, pero cuya continua actividad «le permite desempeñar su propio papel en la orquesta de la izquierda radical holandesa». La lucha contra el colonialismo y todos sus legados siguió siendo central en su compromiso político. Se pronunció a favor de la autodeterminación palestina, reclamando un Estado único y democrático con igualdad de derechos para todos, denunciando a Israel como régimen de apartheid.

Hasta el final de su vida siguió activo como miembro del Komite Utang Kehormatan Belanda (Comité Holandés de la Deuda de Honor), una organización que luchó con cierto éxito por el reconocimiento legal y la compensación de los crímenes del colonialismo holandés en Indonesia.

Al recordar su vida, Ferares afirma que «nunca me arrepentí de mis actividades en el pasado, pero sí lamento a veces cómo los camaradas luchaban entre sí: el comportamiento sectario, los insultos que acompañaban a los conflictos». Fueron sus años de guerra los que le dejaron «profundamente marcado... mis actividades políticas no pueden separarse de eso». Y siempre recordaba a las víctimas del nazismo: «Pude salvar mi pellejo y cada día que sigo vivo le robo un día a Hitler».